

del genio del autor académico ó de las gracias de la actriz de la casa.

Al entrar Pablo Astier, el telón estaba levantado, por lo cual, conociendo los ritos del culto y la absoluta prohibición de hablar, de moverse, de menear una silla durante el acto, esperó inmóvil en el pequeño antepalco, separado por un escalón del proscenio, en el cual la señora Ancelín se extasiaba. entre la señora Astier y la señora Eviza. Detrás de ella estaban Danjou y Freydet sentados, con aire de esclavos.

Al ruido especial de la puerta que se cerraba, seguido de un ¡*chist!* dirigido al intruso que perturbaba los oficios, la señora Astier medio volvióse y se estremeció viendo á Pablo. ¿Qué sucedía? ¿Algo muy grave y urgente tendría que decirle para llegar hasta aquella jaula de fastidio, puesto que él no se aburría más que con un fin! ¡Indudablemente el dinero, el dinero horrible!

—Por fortuna, dentro de poco tendré mucho: el casamiento de Samy nos ha de enriquecer.

Y ardiendo en deseos de hablarle y de tran-

quilizarle con la buena noticia que quizá ignoraba todavía, tuvo que estar clavada, mirando á la escena y coreando á la dama en sus exclamaciones: «¡Oh! ¡Qué Coquelín! ¡Oh! ¡Qué Delaunay! ¡Ah! ¡Oh!» Espera que constituía para ella un duro suplicio, y también para Pablo, que no veía más que la línea brillante y saliente de las candilejas y reflejados en el espejo del palco, parte de la sala, butacas, palcos, líneas de fisonomías, de sombreros femeninos, como anegados en una niebla azulada, con el aspecto descolorido y fantasmagórico de los objetos entrevistos dentro del agua.

En el entreacto empezaron los saludos.

—¿Ha visto usted el traje de la Reichemberg? ¿El *tablier* rosado? Y los lazos de detrás, ¿los ha visto? ¡Realmente no hay como aquí para vestirse!

Llegaron las visitas. La madre pudo coger á su hijo, sentarse con él en un diván, y juntos entre los abrigos y los gabanes colgados de la percha, hablaron en voz baja:

—Contesta pronto y claro, empezó Pablo... ¿Samy se casa?

—Sí: la Duquesa lo sabe desde ayer. Sin

embargo, ha venido. ¡Esos corsos tienen un orgullo!...

—¿Y el nombre de ella? ¿Puedes decírmelo?

—¡Colital! ¿Qué? ¡Lo presumías ya?

—Nada de esto. ¿Y cuánto cobras tú?

Con aire de triunfo le contestó la señora Astier:

—Doscientos mil...

—Tus intrigas me cuestan á mí veinte millones. Veinte millones y la mujer...

Y apretándole las muñecas con rabia, le arrojó á la cara este grito:

—¡Mala sombra!

La señora Astier quedó sofocada y atónita. Él era, él, la resistencia que había notado algunos días: el trabajo que minaba su trabajo. Él, era él, aquél: «¡si usted supiese!» de la imbécil de la Princesa cuando lloraba entre sus brazos. De modo que al fin del trabajo de zapa que cada uno por su lado había emprendido hacia el tesoro, con tanta astucia y tan paciente misterio, al último golpe de azadón, se encontraban los dos frente á frente, las manos vacías.

Ya no se hablaron más; miráronse con las narices torcidas y sus ojos parecidos, que brillaban ferozmente en la sombra, entre el vaivén de las visitas y las conversaciones.

Dígame lo que se quiera, es una fuerte y saludable disciplina la del mundo, que lograba ahogar en aquellos dos seres los gritos, las ganas de rugir y de matar que encendían sus almas.

La señora Astier fué la primera que rompió el silencio, pensando en alta voz:

—¡Si la Princesa no se hubiese marchado!...

Y se mordía los labios con rabia: tan brusca partida era idea suya.

—¡La haremos volver! dijo Pablo.

—¿Cómo?

Sin contestarla, Pablo preguntó:

—¿Samy está en la sala?

—No lo creo, porque está ella... ¿Dónde vas? ¿Qué quieres hacer?

—Déjame en paz...¡eh! No te metas en nada: tienes poca suerte.

Y salió en una ola de visitantes arrojados por el fin del entreacto. Su madre se sentó otra vez á la izquierda de la señora Ancelín, tan exal-

tada y conmovida como momentos antes, en perpetuo estado de gracia.

—¡Oh! ¡Qué talento! ¡Mire usted, mire usted, amiga!

La amiga estaba, con efecto, distraída, los ojos bajos, la dolorosa sonrisa de bailarina silbada. Con el pretexto de que el gas le hacía daño, miraba continuamente hacia la sala, buscando á su hijo...

—Una cuestión con el Príncipe, quizá... Si ha venido...

Y todo por culpa suya; por su estupidez.

—¡Oh! ¡Qué Delaunay! ¿Ha visto usted? ¿Ha visto usted?

No: no veía más que el palco de la Duquesa, donde alguien acababa de entrar, con el aire juvenil y elegante de su Pablo. Pero no: era el condesito Adriani, que sabía, como todos, la ruptura, y se había lanzado á la pista.

Y hasta el fin del espectáculo la pobre madre estuvo angustiada, planteando mil confusos proyectos que se atropellaban dentro de su cabeza con cosas que no había visto y con escenas que debían haberla puesto sobre aviso. ¡Ah! ¡Bestia, bestia! ¡Y no haberlo sospechado!

¡La salida! ¡Al fin! Pero todavía lenta, con paradas á cada paso, y saludos, sonrisas, las despedidas...

—¿Qué hace usted este verano?

—Vaya á Deauville á vernos...

Por el estrecho corredor en donde la gente se estrecha y las mujeres acaban de empaquetarse, con el elegante gesto que asegura los pendientes; y por la ancha escalera de mármol blanco, al pie de la cual esperan los lacayos, la madre, sin dejar de hablar, escudriñaba, el oído atento, tratando de sorprender en el rumor de la gran colmena humana que se dispersa, alguna escena de pasillo.

Precisamente vió á la Duquesa que bajaba, altiva y erguida, envuelta en un largo manto oro y blanco, del brazo del guardia noble de Su Santidad, sabedora de la infamia que le había jugado su amiga. Las dos mujeres cruzaron, al pasar, una mirada fría sin expresión, más temible que todos los insultos de lavadero.

Sabían ya hasta qué punto podían contar la una con la otra, y que en la guerra envenenada que sucedía á la antigua intimidad de hermanas,

todos los golpes darían en el blanco, como dados por quien sabía dónde dolfan.

A pesar de esto, se sujetaban á la conveni6n social, disfrazadas, con la misma sangre fría, y los dos odios, uno poderoso, otro envenenado, pudieron codearse sin hacer saltar una chispa.

Abajo, entre los grupos de lacayos y jóvenes *clubmans*, Leonardo Astier esperaba á su mujer, según le había prometido.

—¡Ahí está el maestro! exclamó la señora Ancelín; y mojado por la vez postrera sus dedos en el agua bendita, bañó con ella á todo el mundo, al maestro Astier-Rehu, al maestro Danjou y á Coquelín, y á Delaunay. ¡Oh! ¡Ah!

Leonardo no contestó, sino que cogiendo á su mujer del brazo, echó á andar, con el cuello del gabán levantado por la gran corriente de aire.

Llovía: la señora Ancelín trató de llevarles hasta su casa, pero sin insistir, como hacen todos los que tienen coche y temen fatigar á los caballos, y sobre todo le tiemblan al mal humor del cochero, que ya se sabe que siempre es el primer cochero de París.

Además, el maestro tomó un simón y dejó con la palabra en la boca á la afable señora, que decía:

—Sí, sí, ya se les conoce á ustedes: para estar solos: ¡matrimonio feliz!

Por las galerías salpicadas de agua arrastró á la señora Astier...

Después de los bailes y de las reuniones, cuando un matrimonio del gran mundo sube á su coche, siéntese uno tentado de preguntar:

—¿Qué se dirán ahora?

Poca cosa, casi siempre; porque el hombre sale generalmente rendido y aplastado de esas fiestas que la mujer prolonga en la oscuridad del coche, en comparaciones íntimas entre su porte y su belleza y las que ha visto, y combina planes para otra reunión.

Pero la mueca social es tan descarada, la hipocresía mundanal tan grande, que sería curioso asistir al desarme inmediato que sigue á la frase oficial, y sorprender el gesto verdadero, la naturaleza y las relaciones reales de esos seres de pronto libres y verdaderos, dentro del coche que corre á través del París desierto,

entre los reflejos de las dos linternas de los coches.

Así, para los Astier, estas vueltas del gran mundo eran muy significativas. En cuanto se veía sola la mujer, dejaba á un lado la deferencia y el interés que ante las gentes guardaba al maestro, y hablaba recio, y tomaba el desquite de la atención que había puesto á historietas que se sabía de memoria, y que la hastiaban. En cuanto á Leonardo, naturalmente benévolo, contento de los demás y de sí propio, se quedaba estupefacto ante los horrores que su mujer soltaba sobre la casa hospitalaria y las personas que había encontrado en ella, haciendo tranquilamente las acusaciones más abominables, con la ligereza y la exageración inconsciente en los dichos, que es la nota dominante en las relaciones parisienses; y para no excitarla más se callaba, se volvía de espaldas y trataba de dormir un rato en su rincón. Pero aquella noche pasó todo lo contrario: Leonardo Astier se cuadró, sin atender al «¡cuidado con el traje!» que le hizo Adelaida con la voz agria de la mujer á quien le arrugan la ropa.

¡Sí! ¡El traje! Mucho le importaba esto.

—¡Me han robado, señora! dijo con tal violencia, que los vidrios retemblaron.

¡Dios mío! ¡Es verdad! ¡Los autógrafos! Ya no se acordaba de ello, sobre todo en aquel momento, y su sorpresa no tuvo nada de fingido.

—Robado, sí, mis *Carlos V*: mis tres piezas mejores...

Pero su voz perdía la violenta certidumbre del ataque, y sus sospechas vacilaban ante la sorpresa de Adelaida.

Ésta se repuso:

—¿De quién sospechas? le dijo: Coirentina me parece una chica de confianza... A menos que Teyssedro...; pero ¿cómo sospechar que un hombre tan sencillo?...

¡Teyssedro! Sí: y dió una voz. Tan evidente le pareció la cosa, que, llevado por su odio hacia el hombre del ruido infernal, se explicó el crimen [y lo vió claro, germinando desde una palabra que dijo en la mesa sobre el valor de los manuscritos, palabra recogida por Coirentina y sin duda repetida delante del limpia-suelos. ¡Ah, bandido! Verdaderamente tenía cara de criminal, y había sido una locura resis-

tir á los avisos del instinto: la antipatía que á él, á Leonardo Astier, miembro del Instituto, inspiraba el limpiasuelos, no era natural. Pero que lo tuviese por seguro el tunante; iría á presidio.

—¡Mis tres Carlos VI! ¡Pues hombre!

De pronto, antes de entrar en casa, quiso delatar el hecho al Comisario. Su mujer intentó contenerle.

—¿Estás loco? ¿El Comisario á estas horas?

Pero Leonardo se obstinaba, y á pesar de la lluvia sacó fuera la cabeza, para darle la orden al cochero. Vióse obligada Mad. Astier á meterle otra vez dentro, y cansada, aburrida, sin ánimo para seguir mintiendo, se lo confesó todo.

—No es Teyssedro, soy yo, le dijo.

Y de golpe se lo contó todo: su visita á Bos, el dinero cobrado, veinte mil francos que de cualquier modo necesitaba...

Siguióse un silencio tan largo, que se figuró ella que Leonardo había tenido un síncope, un golpe de sangre. Nada de esto: como el niño que cae ó se da un golpe, el pobre *Cocodrilo* abrió desmesuradamente la boca para dejar paso á su cólera, y aspiró tanto aire que no pudo

proferir sonido alguno. Al fin soltó un rugido que llenó la plaza del Carrousel, que en aquel instante cruzaba el coche entre charcos de agua.

—¡Robado! ¡Me han robado! ¡Mi mujer me ha robado para su hijo!...

Y su delirio furioso se mezclaba con juramentos campesinos de su montaña.

—¡El ganapán! ¡Bandido!

Seguidos de las exclamaciones de repertorio:

—¡Justicia divina, justo cielo! ¡Estoy perdido! Y las demás de Harpagón echando de menos su caja, y tantos otros trozos escogidos, mil veces leídos á sus alumnos.

En la gran plaza, que á la salida de los teatros se llenaba de ómnibus y de coches, á la luz de las altas luces radiantes de los reverberos eléctricos, se veía claro como si fuese de día.

—Pero cállate, dijo la señora Astier; todo el mundo te conoce.

—¡Excepto usted, señora!

La mujer creyó que iba á pegarla, y tan crispados tenía los nervios, que no le hubiese sabido mal. Pero el sabio se calló de pronto ante el temor de un escándalo, jurando por las cenizas

de su madre muerta, para acabar, que en cuanto llegase haría la maleta y se iría á Sauvagnat, en tanto que ella se iría con su bandido, con su Trágalotodo, á saborear el fruto de sus rapiñas.

Y una vez más la vetusta maleta claveteada pasó ruidosamente del recibimiento al despacho: quedaban en ella, del pasado invierno, algunos troncos, pero esto no contuvo al *inmortal*. Y durante una hora toda la casa se llenó con el ruido de los leños arrojados al suelo, y de los armario que escudriñaba, amontonando entre el serrín y las cortezas de limón de la ropa, trajes, botinas, hasta la casaca verde y el chaleco bordados de las grandes solemnidades, cuidadosamente envueltos en un gran pañuelo de seda.

Su cólera, apaciguada por este ejercicio, desaparecía á medida que se llenaba la maleta, y lo que le quedaba de rugidos y quejas iba disminuyendo, en tanto que la señora Astier, sentada en un sillón, el gorro de encaje en la cabeza y vestida con su traje de noche, le dejaba hacer, murmurando entre un bostezo irónico y tranquilo:

—¡Vamos, Leonardo, vamos!

X

—Para mí, los seres, lo mismo que las cosas, tienen un sentido, algo por donde cogerlos si se les quiere manejar y agarrar fuertemente... Este algo yo lo conozco, y esta es mi fuerza... Coche-ro, á la Cabeza Negra.

Dijo Pablo Astier, y el landó descubierto, dentro del cual Freydet, Vedrine y él lucían sus tres sombreros de copa, de un negro fúnebre, á la luz radiante de una tarde de campo, se alineó á la derecha del puente de Saint-Cloud, ante el hotel nombrado por Pablo. A cada salto del sólido coche de alquiler en el desigual empedrado de la plaza, se veía la larga y significativa funda verde que sacaba la punta entre los pliegues de la capota bajada.

Para su lance con Athis, Pablo había elegido